

Tradición y modernidad

en el barrio de Xaltocan

María de Lourdes Patricia Femat González
Departamento de Educación y Comunicación/CSyH/
Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco
lfemat@correo.xoc.uam.mx

DOI: <https://doi.org/10.24275/SWZA9035>

Resumen

A través de este trabajo se pretende analizar el impacto que el proceso de modernización ha tenido en el barrio de Xaltocan ubicado en Xochimilco, Distrito Federal, en relación con su historia, sus tradiciones y formas de organización social.

Se describe a los barrios como metáforas cuyos múltiples significados muestran la historia y las tradiciones encerradas en su estructura y en el imaginario de sus habitantes formando parte sustancial de su bagaje sociocultural.

Se propone, desde una perspectiva dinámica de los conceptos, que el encuentro entre el campo cultural de las tradiciones desarrollado por el barrio de Xaltocan, sus orígenes e historia, y el proceso acelerado de modernización de los últimos treinta años en la ciudad de México, más que propiciar su desaparición, y ha traído como consecuencia una reconstrucción del sistema de representaciones sociales sobre su noción de barrio, le ha asignado nuevos caracteres sin que pierda su sentido original, y ha actualizado historias y tradiciones que son anclajes fundamentales en la reconstrucción de su identidad cultural.

Palabras clave: tradición, modernidad, barrio, representaciones sociales.

Abstract

Through this work intends to analyze the impact that the process of modernization has had in the neighborhood of Xaltocan located in Xochimilco, D.F., relating to its history, its traditions and forms of social organization. It is described to the neighborhoods as multiple whose metaphors meanings show the history and the locked traditions in its structure and in the imaginary one of its inhabitants forming splits substantial of its socio-cultural background. It is proposed, since a dynamic perspective of the concepts, that the encounter among the cultural field of the traditions developed by the neighborhood of Xaltocan, its origins and history, and the rapid process of modernization of the last thirty years in Mexico City, more than favoring its disappearance, has brought as consequence a reconstruction of the system of social representations on its notion of neighborhood, assigning him new characters without lose its original sense, bringing up to date histories and traditions that are fundamental anchorages in the reconstruction of its cultural identity.

Keywords: tradition, modernity, neighborhood, social representations.

Introducción

El concepto de modernidad tiene como características “[...] un desarrollo impulsado por el progreso técnico, la liberación de las necesidades y el triunfo del espíritu” (Touraine, 1995:17), lo que provoca una ruptura con los valores hegemónicos de la religión y las leyes divinas como determinantes del orden social. Propone una visión naturalista del hombre; el orden social no compete ya a una ley divina, sino a la libre decisión humana, con lo cual da inicio a la secularización de la vida social “[...] que hace de ese orden el principio del bien y el mal” (Touraine, 1995:23). La ideología modernista plantea el triunfo de la razón, en contraposición del orden de lo divino el cual pasa al espacio de lo privado.

La corriente moderna se basa en la demostración científica, en la racionalidad y en una visión naturalista donde el individuo sólo está sometido a las leyes de la naturaleza.

Ante esta nueva visión la razón ocupa un lugar privilegiado; no reconoce herencia social alguna y hace tabla rasa de todo lo anterior a este periodo que no pueda ser comprobado científicamente. El proceso de modernización es la puesta en acción del conjunto de ideas que incluye el concepto de modernidad.

Uno de los ámbitos privilegiados donde se cristaliza el concepto de modernidad y las particularidades que adopta el proceso de modernización son las ciudades.

La ciudad se puede definir a partir de los conceptos que la fundamentan, esto es, la estructura socioproductiva y la formación cultural que la produce y reproduce así como la unidad

territorial en la que esta estructura social se asienta y la transforma; Así, las ciudades clásicas configuran su unidad territorial de manera diferente a como lo harían las ciudades medievales y renacentistas y, finalmente, las ciudades modernas.

La ciudad moderna da prioridad y favorece la construcción de los espacios privados en la que su uso quede garantizado por el mercado capitalista y el derecho individual privado sobre los espacios públicos comunitarios. Los componentes y fundamentos que expliquen a la ciudad capitalista son al mismo tiempo los componentes y fundamentos que expliquen a la modernidad, en una relación causal, directa, inmediata, como menciona José Luis Lezama: “La ciudad [...] es, en muchos aspectos la manifestación más expresiva de esta realidad o, al menos, representa el gran escenario para las acciones más significativas de la vida moderna” (Lezama, 1993:117).

Sin embargo, la mayor parte de estas grandes concentraciones urbanas se ha llevado a cabo en espacios territoriales y simbólicos que le anteceden. Las ciudades modernas con su perspectiva dinámica de cambios y transformaciones se encuentran con sistemas culturales tradicionales representados fundamentalmente por espacios denominados comúnmente *barrios* cuyos orígenes hincan sus raíces en la premodernidad.

Estos barrios atraviesan la modernidad creando escenarios en los que en mayor o menor medida se entabla una lucha entre lo moderno y lo tradicional.

Los cambios y transformaciones de la gran ciudad no penetran de manera directa e inmediata sobre el barrio ya que esta unidad socioes-

pacial contiene una autonomía relativa sustentada en formas sociales y culturales expresadas en sus tradiciones, que crean un sentido de pertenencia, identidad y significación para sus habitantes. En este sentido, hacemos referencia a la noción de Tradición que proponen Hosbawm y Ranger (1983), quienes le asignan a este concepto un sentido dinámico donde las tradiciones no se deben ver como esencias inamovibles de los grupos o sociedades sino como prácticas sociales constantemente reinventadas. Para estos autores la Tradición se refiere a un conjunto de prácticas gobernadas por reglas que, de manera abierta o tácita, son aceptadas, así como por rituales de naturaleza simbólica, que llevan como finalidad inculcar ciertos valores y normas de comportamiento a través de su repetición, lo cual trae como consecuencia una relación de continuidad con el pasado,¹ pero podemos agregar que este pasado es aquel pasado con raíces, inserto en la cultura, en las representaciones sociales de los grupos sociales, que da sentido y significado a tales prácticas y que procura una continuidad reconocida por los propios grupos.

Análisis sobre la modernización en la ciudad de México y su impacto en los barrios

En México el proceso modernizador de las ciudades ha propiciado una modernidad desigual y parcial donde se puede observar una proclividad estratégica hacia la creación de grandes desarrollos urbanos mientras que, con los ba-

rrios, establece relaciones coyunturales diversas, ya sea capitalizando su atraso o buscando su refuncionamiento.

El efecto de semejante proceso es a menudo el de reforzar la parcial marginación y sobreexplotación de sectores precapitalistas de la economía [...] Más aún, la modernización de la infraestructura económica no necesariamente conlleva una modernización social, sino que procede con frecuencia conforme a delineamientos feudales y paternalistas (Rowe y Schelling, 1993:45)

Algunas de las consecuencias de este modelo las refleja el crecimiento no planeado de las ciudades con los resultados sufridos por los barrios, como lo describe Bonfil en la siguiente afirmación:

La organización de los barrios urbanos ha sido sistemática y brutalmente agredida por el crecimiento desmesurado de las grandes ciudades y la aplicación errática de medidas administrativas que denotan la ausencia de una política urbana medianamente atenta al interés de la población citadina (Bonfil, 1994:83).

La modernización de las ciudades en nuestro país, particularmente en la ciudad de México, ha hecho transformaciones sustanciales, a veces irremediables, en los espacios físicos y simbólicos con lo que ha impactado los arraigos sociales y culturales. Patricia Safa menciona que “este proceso modernizador ha sido difícil y conflictivo y, ciertamente, ha causado la desestructuración de formas de organización del territorio y de las relaciones sociales del pasado” (Safa, 1995:13). Estas afirmaciones ocultan en cierto modo la

1. La traducción es mía.

relación dinámica que se establece entre los embates de la modernización y la estructura barrial que, aun cuando impacta los arraigos sociales y culturales y las formas anteriores de organización, no en todos los casos ha llegado a la desaparición del campo simbólico que encierra el barrio, situación que, desde nuestro punto de vista, tiene que ver con el dinamismo que encierran los procesos culturales y de identidad. El proceso de modernización de acuerdo con Rowe y Schelling “[...] no necesariamente conlleva la eliminación de tradiciones y recuerdos premodernos, sino que surge de ellos, transformándolos en el proceso” (Rowe y Schelling, 1993:15); en tanto que al interior del barrio se reproduce de igual manera el debate entre estas dos perspectivas distintas y complementarias: la tradición y la modernidad.

El barrio de Xaltócan al ser de los más antiguos de la ciudad de México se ha visto asediado a través de su historia por los cambios y modificaciones propiciados por su dinámica interna y por el hecho de compartir con la ciudad muchas de sus problemáticas; sin embargo, los cambios y transformaciones derivados de procesos acelerados de urbanización en la ciudad en los últimos treinta años, lo han impactado con tal fuerza que han modificando tanto su aspecto físico relacionado con la vitalidad, el aumento de la densidad poblacional los procesos comerciales y ocupacionales, así como en las formas tradicionales de la vida barrial.

La historia de este barrio tiene sus orígenes en los fuentes de tradición: la religión y el comercio; que con un tanto le han permitido su sobrevivencia. Alrededor de estas actividades se

fueron creando una red de relaciones de parentesco, un sentido de comunidad y apoyo mutuo, así como leyendas y mitos religiosos que han cementado a la colectividad y han construido una noción de barrio que le ha dado las características de identidad a sus habitantes.

Partiendo de un sentido dinámico de la relación entre tradición y procesos de modernización, consideramos que en este encuentro el barrio de Xaltócan reconstruye el sistema de representaciones sociales que sustenta su noción de barrio, asignándole nuevos caracteres sin que pierda su sentido original, se actualizan historias y tradiciones que son anclajes fundamentales en la reconstrucción de su identidad cultural.

Concepto de barrio

El barrio ha mostrado ser un objeto de mucho interés para diversas áreas del conocimiento, principalmente las ciencias sociales y el campo del urbanismo, lo que ha generado diversas definiciones y descripciones al respecto, que a su vez denotan en mayor o menor medida rasgos subjetivos de quienes lo describen.

Existen estudios sobre los barrios con una perspectiva localista, de oposición entre el barrio como territorio constructor de identidades y de lazos sociales intensos, y la gran metrópoli, cuya orientación es “buscar las convergencias, lo compartido, lo homogéneo” (Safa, 2005:43), como en el caso de David Morris, quien elabora una descripción más bien nostálgica del barrio: “cuando la gente dice ‘donde yo me crié’, alude habitualmente a aquel primer barrio donde los niños juegan y dan sus primeros pasos para con-

vertirse en adultos que trabajan” (Morris, 1978:13).

O bien bajo un sentido de forjador del carácter masculino, ese *hacerse hombre* que describe González Lobo:

Es también el barrio el lugar de la infancia compartida y de las amistades y amores primeros [...] El niño crece y se desarrolla como ser social sobre la base de su expansión y orientación en ‘ese’ su espacio urbano [...] Ya más adolescente, el control progresivo del barrio por las afinidades colectivas [...] Es en esos espacios ‘conquistados’ y modeladores del carácter y los modos culturales de conducta ‘atavismo de barrio’ en que se abre el conocimiento del campo de los posibles empleos y las definiciones vocacionales, unidas íntimamente a la práctica informal del deporte, las fiestas y los escarceos amorosos tempranos y fuera del barrio pecaminosos (González Lobo, 1991:2).

Otro punto de vista lo adoptan quienes afirman que el barrio representa la unidad socioespacial con escala humana, que resguarda a sus habitantes del anonimato de la gran metrópoli, anómica, despersonalizada, deshumanizada, donde sus habitantes viven en armonía. Lefebvre plantea que “sin barrios, al igual que sin calles, puede haber aglomeración, tejido urbano, megalópolis, pero no hay ciudad” (Lefebvre, 1978:201).

Otra perspectiva remite a plantear al barrio como entidad dinámica que se construye y ratifica en el espacio de la vida cotidiana, en su interacción con la ciudad, las instituciones, los procesos culturales amplios que lo atraviesan donde

la imagen y el espacio físico adquiere un valor simbólico para sus habitantes. Esta otra vía abre paso a la diversidad, se enfrenta a sistemas culturales con historia, capaces de incluir y reconstruir el concepto de barrio con nuevas informaciones y contenidos, por su misma necesidad de sobrevivencia, donde la tradición tiende a fijar al barrio en un punto del espacio-tiempo, mientras que la modernidad tiende a dinamizarlo; una mirada donde “se describe el surgimiento y transformación de antiguos barrios y pueblos para analizar el significado polisémico que hoy en día denotan como símbolos de la ciudad gracias a los reacomodos que han sufrido como parte de la historia urbana de las grandes ciudades” (Safa, 2005:45).

Bajo esta perspectiva se ubica al barrio como un campo simbólico que se construye desde diferentes escenarios, que se vive de forma subjetiva, en donde hay un pasaje constante de lo privado a lo público a través de una estrecha interacción entre la unidad socioespacial barrio y los procesos de modernización, así como la dinámica social que se desarrolla en su interior. A través de esta serie de intercambios, muchas veces de confrontación, el barrio, aquel al que sus habitantes le asignan determinadas cualidades y características, que tiene una base simbólica sustentada en los orígenes de su historia, revitaliza sus rasgos de identidad, se modifica, se reconstruye y actualiza las viejas creencias y tradiciones mediante un proceso de reconstrucción de los nuevos acontecimientos, nuevas informaciones y cambios de la vida social que integran a su herencia cultural elementos de lo moderno.

Espacio, territorio, lugar

Gran parte de la experiencia de los sujetos está relacionada con un lugar. El espacio que nos rodea no es sólo un mero contexto donde se realizan las interacciones, es también el lugar que se construye con las acciones, por lo que, tanto el espacio como las acciones, deben verse como dos dimensiones relacionadas entre sí.

Los lugares anclan las experiencias de los sujetos, definen sus contenidos y ayudan a reconocer y a recuperar esas mismas experiencias. El ámbito donde se realizan las acciones e intercambios sociales forman parte de la misma experiencia de los sujetos; los acontecimientos y situaciones ayudan a definir contextos, pero también el *lugar* como lo señala David Canter (1987), en el que se realizan, define el significado de los acontecimientos y las situaciones.

Se puede afirmar que el significado que para los sujetos tiene un contenido, cualquiera que éste sea, depende también del lugar en el que ocurra. El espacio, entonces, adquiere un sentido de territorio emocional y permite reflejar en signos una manera de ver el mundo. El espacio en que se lleva a cabo cualquier interacción muestra señales de información para sus participantes pero al mismo tiempo funciona como señal comunicativa sobre la relación misma.

Edward T. Hall definió esta dimensión como la dimensión cultural que existe oculta de la relación, aquella que no es objeto de intencionalidad consciente, pero que tiene un alto contenido significativo sobre los actores y sobre la propia relación:

La crisis étnica, la crisis urbana y la crisis educativa están interrelacionadas. Si las consideramos con amplitud, podemos ver las tres como diferentes facetas de una crisis mayor, consecuencia natural del hecho de que el hombre ha creado una nueva dimensión: la dimensión cultural que en su mayor parte se oculta a nuestra vista (Hall, 1981:232).

Es esta dimensión la que se expresa en la conducta. Clifford Geertz la describe como “una urdimbre que conforma una *trama de significación* que los grupos sociales han construido” (Geertz, 2003:20).

La cultura se genera y fluye por medio de las interacciones entre sujetos, grupos y objetos, se da en las comunicaciones que circulan en la vida cotidiana, asigna sentido y significado a los espacios conformando así la realidad en que nos desenvolvemos: “La conducta humana se media por la cultura. La cultura abarca lo cotidiano y lo esotérico, lo mundano y lo exaltado, lo ridículo y lo sublime [...]” (Rosaldo, 1993:35).

Al adoptar estos presupuestos se puede plantear que el *espacio-barrio* expresa la manera como sus habitantes han aprehendido los acontecimientos de la vida en él, las características de su medio ambiente, las informaciones que ahí circulan, pero también, y de manera muy importante, de las informaciones, conocimientos y modelo de pensamiento social que forma su bagaje cultural en un espacio socialmente significativo.

Existen algunos estudios que se han dado a la tarea de analizar los procesos de significación que los espacios urbanos adquieren para quien los habita o los vive, de cómo le otorgan dife-

rentes atribuciones, sentimientos, significados, valoraciones, cualidades o defectos. Estos estudios parten de la cercanía y la interacción en el tiempo entre los espacios urbanos que conforman la ciudad y los usuarios como la premisa necesaria para que se realice el proceso de construcción del campo simbólico.

Kevin Lynch (1984) propone una visión cognitiva en la que los habitantes de la ciudad, a través del establecimiento de estrechos y prolongados vínculos con la ciudad y sus diversos espacios, construyen una imagen de la ciudad y que esta imagen varía entre un sujeto y otro, aun tratándose del mismo espacio físico que denomina *medio ambiente*:

[...] *las imágenes ambientales son el resultado de un proceso bilateral entre el observador y su medio ambiente. El medio ambiente sugiere distinciones y relaciones, y el observador —con gran adaptabilidad y a la luz de sus propios objetivos— escoge, organiza y dota de significado lo que ve. La imagen desarrollada en esta forma limita y acentúa ahora lo que se ve, en tanto que la imagen en sí misma es contrastada con la percepción filtrada, mediante un constante proceso de interacción. De este modo, la imagen de una realidad determinada puede variar en forma considerable entre diversos observadores* (Lynch, 1984:15).

Sin embargo, en sus análisis encuentra que en estas imágenes, producto de una elaboración mental individual, existen coincidencias en la percepción de los distintos observadores. A estas imágenes colectivas las denomina *imágenes públicas* y las describe como representaciones

mentales comunes que hay en grandes números de habitantes de una ciudad. “Se trata de los puntos de coincidencia que puede esperarse aparezcan en la interacción de una realidad física única, una cultura común y una naturaleza fisiológica básica” (Lynch, 1984:16-17).

Reconoce que en la relación imagen-significado existen elementos socioculturales presentes en el proceso de construcción de la representación que el sujeto se hace de su entorno: “Hay otras influencias que actúan sobre la imaginabilidad, como el significado social de una zona, su función, su historia e incluso su nombre” (Lynch, 1984:61), lo cual pone de relieve la importancia de la existencia invisible del campo simbólico.

Otro autor que ha hecho aportaciones de gran interés acerca de la relación sujeto-ciudad es David Canter (1987), al preguntarse acerca de cómo es que la gente da sentido y se *coadapta* a sus entornos. Propone para su estudio el concepto de *lugar* y lo define como “aquellas unidades de experiencia dentro de las que la forma física y las actividades están amalgamadas” (Canter 1987:9).

Hace énfasis en los procesos de cognición asociados con los procesos mentales como forma de asir los diferentes aspectos del entorno nombrándolos *sistemas cognitivos*, los cuales permiten comprender los contenidos de las interacciones de las personas con los lugares mediante la identificación de las unidades de que está compuesto este sistema, la relación que guardan entre sí y la descripción completa de los lugares y de las reacciones de las personas hacia ellos, lo que implica para este autor “una

exploración de los procesos psicológicos que afectan la forma en que describimos los lugares" (Canter, 1987:49). Esta propuesta de análisis sobre la relación espacio urbano-sujeto denota ya un esfuerzo de interpretación más compleja por parte del autor, donde incluye ya no sólo el campo perceptivo sino el afectivo y el comportamental.

En 1984, Stanley Milgram publicó un estudio sobre la ciudad de París, basado también en el proceso de construcción de mapas mentales, pero en el que agrega la dimensión simbólica. Para este autor, los mapas mentales son esquemas que representan el bagaje que los individuos guardan acerca de la ciudad y que expresan cuando describen la ciudad al hacer énfasis en ciertos lugares, relaciona unos vecindarios con otros, emitir opiniones, actitudes y valoraciones en relación a ellos, y evocar recuerdos de diferentes experiencias asociadas a determinados lugares. Están constituidos por "componentes geográficos, varios grados de detalles arquitectónicos, actitudes sobre varias áreas de la ciudad y de sus residentes y numerosas asociaciones personales" (Milgram, 1984:291).

De igual manera, rescata de manera predominante la construcción colectiva de esta dimensión al subrayar el carácter compartido de los mapas mentales que establece su origen social como producto cultural: "No es solamente lo que existe sino lo que es destacado por la comunidad que adquiere prominencia en la mente personal y en ese sentido una ciudad es mucho más una representación que un ensamblaje de calles, plazas y edificios" (Milgram, 1984:300).

Este autor menciona que dichos modelos internos o mapas mentales pueden ser considerados como representaciones sociales de la ciudad en virtud de que "representan objetos sociales, los productos de una intensa y prolongada actividad social, contienen el material que acuerpa no sólo lo contemporáneo, sino el trabajo acumulado, decisiones y evaluaciones de generaciones anteriores. Más aún las ciudades no son meramente producto de la actividad social, es la forma en sí misma de esta realidad a través de la cual se le da expresión a la más intensiva de las actividades sociales humanas" (Milgram, 1984:293).

La ciudad es, desde esta perspectiva, el producto y proceso de la trama de relaciones simbólicas que sus habitantes construyen y reconstruyen en su interacción con los espacios, los objetos, los lugares, como menciona Canter. Pero si la ciudad tiene estos atributos, los barrios, que forman parte integrante de dicha trama, de esos objetos, de esos lugares, adquieren de la misma manera un valor social relevante por ser espacios cargados de significación.

La palabra *barrio* denota ubicación socioespacial en la trama estratificada de la ciudad, al barrio y a sus habitantes se les atribuyen rasgos de carácter, lenguajes particulares, ambientes físicos y sociales.

Los barrios [...] son las secciones de la ciudad cuyas dimensiones oscilan entre medianas y grandes, concebidas como de un alcance bidimensional, en el que el observador entra 'en su seno' mentalmente y que son reconocibles como si tuvieran un carácter común que los identifica (Lynch, 1984:62).

Historia del barrio de Xaltocan

Este barrio es de origen prehispánico y se encuentra dentro de la delegación Xochimilco en la ciudad de México. Sus límites físicos actuales están comprendidos, al norte, por la avenida Canal Nacional y el Acalote de Xallan; al sur, por la carretera a Nativitas; al este, por la calle de Madreselva y, al oeste, la calle 16 de septiembre.

De acuerdo con la monografía sobre *Nuestra Señora de los Dolores de Xaltocan* realizada por Santos Acevedo López y De la Cruz y Sergio Cordero Espinosa en 1963, la palabra Xaltocan quiere decir "Lugar de arena y tuzas" o "Arenal con tuzas". Los terrenos que en la actualidad conforman el barrio de Xaltocan, que incluyen la colonia del mismo nombre, el bosque de Nativitas, las Lomas de Tonalco que colindan con el pueblo de San Lorenzo Atemoaya y parte de la chinampera, eran llanos y pantanos muy propicios para el cultivo. Desde la época prehispánica se construyeron edificios religiosos en esta zona, destinados a ofrecer a sus dioses animales acuáticos, flores y aves. A la llegada de los españoles las tierras de Xaltocan fueron arrebatadas a sus dueños y las convirtieron más tarde en un rancho.

En 1535, dentro del corregimiento de Xochimilco se construye el templo de San Bernardino de Siena, así como múltiples capillas en los pueblos y barrios. A mediados de ese mismo siglo, en la ciudad española se lleva a cabo una reordenación de casas y calles y el tianguis que se constituía en los llanos de Xaltocan, se introduce en el casco de la ciudad para que tiempo después se celebre una feria anual (Acevedo y Cordero, 1963:11).

Más tarde, el rancho de Xaltocan fue donado por los antiguos caciques de Xochimilco al convento de San Bernardino en forma de capellanía con la finalidad de obtener medios financieros para perpetuar el culto religioso a Nuestra Señora de los Dolores. A partir de entonces se fueron sumando lotes de tierras, cuyos recursos económicos, resultado de la venta de sus productos, sufragaban fundaciones creadas para llevar a cabo memorias de misas, obras pías y novenarios, así como tianguis en Xochimilco, todo esto dedicado a la Virgen de los Dolores.

Con el paso del tiempo y el posterior proceso de secularización, las obligaciones religiosas asignadas a las fundaciones de las capellanías o bien desaparecieron o se transformaron en 'mandas' o 'mayordomías'. Las tierras y los capitales se anexaron al rancho de Xaltocan que por su magnitud alcanzó un lugar estratégico para el comercio, ya que cruzaban por él los caminos que venían de lo que hoy son las ciudades de Cuautla y Cuernavaca, lo cual se aprovechaba para alojar a los viajeros en la posada del rancho, así como realizar intercambios comerciales sobre todo el día de tianguis y en la feria anual.

A principios del siglo XVIII, el rancho de Xaltocan había tomado forma. Contaba con su casco, su iglesia y alrededor de él se había conformado un asentamiento humano con los habitantes que realizaban las faenas de siembra, cultivo y pizca, además de trabajar en la ampliación de las tierras que se ganaban a la laguna mediante la construcción de chinampas.

La historia de Xaltocan está imbricada íntimamente con tradiciones que le permitieron su desarrollo y florecimiento y que se vinculan con

una gran actividad religiosa y comercial. Dentro de Xaltocan había un barrio más pequeño llamado La Candelaria de Xaltocan, ahora desaparecido, en donde se encontraba una pequeña ermita a principios del siglo XVIII, que a mediados del mismo fue destruida y en ese lugar se inició la construcción del actual santuario dedicado a la Virgen de los Dolores.

Como generalmente sucede en la historia de las imposiciones de la religión católica en nuestro país, la dedicación del santuario a la Virgen de los Dolores surgió de un milagro que se refiere a la aparición de ésta en Xaltocan hacia la segunda mitad del siglo XVIII cuando

[...] una anciana llamada Juana Xochpan era dueña por herencia y encargada del mesón construido en el Rancho de Xaltocan. Un día esta señora se dispuso a salir al mercado, pero antes encerró a una guajolota dentro de un chiquigürte para que aovara dentro de él, y para que no escapara colocó encima una vieja escultura de la Santísima Virgen de los Dolores, de esas que habían hecho por miles, los indios artesanos de Xochimilco [...] Cuando regresó del 'tianguiz' con sus bastimentos para la comida, encontró con verdadera sorpresa, que su casa estaba transformada en una especie de iglesia, donde estaba un altar; y en él, aparecía la escultura de Nuestra Señora de los Dolores hacia pocos años que el Papa Benedicto XIII la había instituido y extendido a la Iglesia Universal en medio de flores exquisitas, ceras que despedían luminosas llamas y aromada su morada con un agradable perfume de incienso: ¡Era que la vieja escultura de la Santa Señora se había 'renovado', remozada por manos divinas! (Acevedo y Cordero, 1963:6).

El barrio de Xaltocan todavía entrado el presente siglo era un lugar pequeño que abarcaba de la calle de Violeta hasta la de Circunvalación, donde se encuentra la iglesia de los Doores. Había un río que atravesaba la calle principal, que venía de los manantiales bajando por el cerro. En ese río había un puente que se llamaba Puente Blanco, que ya no existe. En sus alrededores había chinampas y canales que se encontraban separados del barrio por un muro que se encontraba a la altura de la calle de Violeta; este muro fue derribado (no se sabe la fecha exacta) y este acontecimiento parece ser un elemento relevante, ya que dio origen al primer armado del barrio de Xaltocan.

Para los años sesenta se inició un proceso acelerado de urbanización que se extendió hasta principios de los ochenta, época en que se tuvieron que buscar medidas de control para la construcción de viviendas en predios incluso no aptos para tal fin. De acuerdo con las entrevistas realizadas a los habitantes, a finales de los años setenta el barrio no contaba aún con servicios públicos, por lo que los vecinos conjuntamente realizaron gestiones ante el D.D.F. y lograron conseguir alumbrado público, drenaje, pavimentación, así como el trazado de sus calles, que ya para entonces se encontraban crecidas y desordenadas.

Para los años ochenta, ya conseguidos los anteriores servicios, los habitantes se organizaron esta vez para abrir un lavadero común (donde ahora hay una tienda del D.D.F.). Las transformaciones sufridas por el cambio de uso del suelo en este barrio tienen relativamente poco tiempo de realizarse, la gente las tiene aún frescas, presentes, formando parte de los cambios actuales en los que se ven inmersos: "lo que ahora es la de

portiva anteriormente fue El Palomar, lugar donde se sembraba".

Debido a que Xaltocan se encuentra ubicada en la parte noroeste de la delegación, casi en colindancia con las delegaciones Coyoacán e Iztapalapa, comparte problemas típicamente urbanos, pero además se encuentra más expuesto en el proceso de ampliación de la urbanización. Se han destruido muchos espacios agrícolas y zonas de urbanización antigua heredada de la época de la Colonia. Las calles anteriormente empedradas ahora están, en su mayoría, pavimentadas. Se han creado puentes, nuevas calles y avenidas. Esta transformación del barrio, y también de la delegación, marca de manera muy importante el devenir de sus habitantes, es una especie de parteaguas entre el pasado y el futuro.

La historia de este barrio se encuentra matizada por hechos históricos significativos que han marcado de manera muy señalada cambios y transformaciones tanto en el ámbito físico como socioespacial, lo que ha propiciado la reconstrucción de los contenidos del significado de barrio pero sin que este concepto desaparezca.

Los lazos parentales y vecinales, su arraigo a la tierra, las actividades comerciales y de servicio, las fiestas y tradiciones en torno a las costumbres religiosas, han prevalecido como contenidos fundamentales del concepto de barrio. La creación de leyendas como la de la aparición de la Virgen de los Dolores reforzó los lazos entre la comunidad y el lugar.

Los cambios y transformaciones han ocurrido principalmente hacia la diversificación del uso de la tierra, los canales y las chinampas al promover se actividades turísticas y la ampliación del área comercial.

La población de Xaltocan manifiesta un amplio conocimiento acerca de la vida barrial, los mitos y leyendas del barrio, los procesos de modernización que han tenido lugar y las diferentes maneras en que han impactado en sus tradiciones. Fuentes de información constantes se brindan alrededor de la organización de las diferentes festividades, de las redes de parentesco, los encuentros en la iglesia, los recorridos del Niño por las casas del vecindario, las historias de los abuelos, las actividades laborales, productivas, comerciales, recreativas y religiosas.

Análisis

Con la finalidad de ahondar en el conocimiento de los procesos de construcción y reconstrucción de los significados del barrio, se realizaron una serie de entrevistas grupales con sus habitantes, organizadas alrededor de tres temas centrales: los arraigos, la convivencia cotidiana o vida barrial y sus experiencias de vida entre viejas creencias y tradiciones con elementos de lo moderno.

A continuación se describen los resultados de las categorías analizadas, apoyados en muchos casos, por las palabras de los sujetos entrevistados:

Vida Barrial

"[...] en la iglesia hay saludos y se platican de todas las cosas [...]"

A decir de sus habitantes, la vida cotidiana en el barrio se desarrolla en un ambiente de *convivencia* sustentado en los lazos de parentesco,

las celebraciones religiosas y un ambiente de tranquilidad, bajo la creencia de que al ser originarios del lugar participan de las mismas costumbres y por tanto son gente de far, con la que se puede convivir: “la gente que sí sabe de las tradiciones [...] ahí sí es una bonita convivencia”; pero también permite la proyección al futuro del barrio ya que afirman que en la medida en que sigan manteniéndose los lazos de convivencia se podrán seguir conservando los principales rasgos de identidad del barrio.

Tanto adultos como jóvenes, hombres y mujeres habitantes de este barrio mencionaron la tranquilidad como uno de sus rasgos más significativos, relacionándola, por una parte, en la tranquilidad-seguridad que ofrece contar con una vivienda en propiedad (ya sea heredada o comprada). “Significa la tranquilidad de tener una casa y un lugar seguro porque hasta donde estamos viviendo es un lugar tranquilo, la tranquilidad de vivir aquí con mi familia [...] la seguridad de tener a mi familia tranquila”.

Tranquilidad-seguridad también significa convivencia delimitada espacialmente: “Sé que son de mi barrio [...] a todos los de mi cuadra, todos los de la manzana los conozco a todos”.

La interacción entre los sujetos se da dentro de un campo de coherencia cognitiva que incluye una evaluación positiva en general, fincada en saberse originario del barrio o de Xochimilco, lo que habla de una identidad no sólo barrial sino local. Ellos infieren que al ser nativos del lugar son personas de confiar por la posibilidad de conocimiento del otro que ofrece este origen común, su proximidad y el intercambio cotidiano de informaciones, comunicaciones, partici-

pación directa e indirecta en acontecimientos que afectan al barrio en general; por las experiencias colectivas compartidas, que van creando o reconstruyendo vínculos de interdependencia e intercambio.

Hay, por tanto, una búsqueda de consistencia cognitiva que permite la posibilidad de predecir la vida social, como menciona Jones:

Las costumbres y convencionalismos de una cultura reducen lo aleatorio de los acontecimientos y brindan un cañamazo estable de las expectativas sobre cuáles son los procedimientos que tendrán lugar (Jones, 1990:189).

Este sentido de identidad y de valoración hacia y entre los nativos del barrio se acrecienta cuando surge la necesidad de diferenciarse de otros, los extraños, los nuevos, los que no son originarios ni participan, ni conocen las tradiciones del barrio, los que inclinan la balanza del equilibrio de la consistencia cognitiva. “Hay gente mala que viene pus a hacer barbaridades”. Éstos, los que han llegado de fuera provocan problemas: “Porque aquí nos conocemos todos, los que no son nativos de aquí alteran la seguridad, el bienestar de la comunidad”. “Mucha gente que viene a provocar problemas son gente que llega de fuera, pero aquí en el barrio de Xalilcoan, toda la gente nos conocemos”.

También esta diferenciación se da en términos de comparación con otras zonas de la ciudad de México que tienen características más urbanas y donde evidentemente existe una visión subjetiva sustentada en estereotipos sociales; pasar de barrio a colonia es perder su cali-

dad de comunidad basada en la confianza de conocerse entre sí, de relacionarse cara a cara en la cotidianidad: “Lo que yo he notado en otros lados que por ejemplo en las colonias hay vecinos que viven a cien metros a doscientos metros y ni siquiera se conocen o sea es una colonia, ahí nomás hay que andarse cuidando en varios aspectos, te pueden asaltar, te quieren golpear, cualquier cosa”.

La tranquilidad también se pone en un juego de comparaciones entre el mismo estatus socioespacial de barrio, cuando se afirma que hay más problemas con los vecinos en otros barrios: “Allá hay drogadictos y borrachos, aquí está más tranquilo”.

El grupo analizado acentúa el rasgo de tranquilidad del barrio marcando las diferencias que existen entre ellos y otro grupo, a partir de la distancia psicológica, esto es que no tiene el mismo nivel de convivencia o de interacción y por tanto no hay ese nivel de tranquilidad: “Lo que es la parte de Xochimilco y lo que es parte de Coyoacán, Iztapalapa, todos ellos [...] ahí las comunidades son un poquito más aleadas en relación a la gente y aquí es un poquito más tranquila”.

El discurso de los sujetos expresa la necesidad constante de mantener el equilibrio de la vida barrial a través de una serie de acuerdos implícitos y explícitos basados en los valores fundamentales de la representación social que el grupo en su conjunto comparte de manera consensual acerca del barrio donde habitan. Uno de esos acuerdos hace que se marque constantemente una separación jerarquizada entre aquellos sujetos que vienen de otros lados, de afuera, con otras costumbres, con otros comportamien-

tos que son hasta intolerables en algunos casos; y la tolerancia hacia adentro, donde se permite, por ejemplo, el cierre de calles para festejar los quince años, los ruidos exagerados de la música, los desórdenes callejeros propiciados por vecinos los casos de drogadicción, alcoholismo, por que después de todo se comparten otros valores, no resulta una amenaza real efectiva, pues en su sistema de representaciones acerca del barrio, las contradicciones forman parte de un patrón general de prejuicios que también comparten.

Se le asignan atribuciones tanto a la gente de ahí como al mismo barrio: “Aquí la gente es muy tranquila no nos gustan los problemas”. “Es un barrio confiable y tranquilo”. Las amenazas contra la seguridad son tolerables, se pueden ubicar jerárquicamente en niveles manejables que no representan un riesgo mayor para los habitantes: “Tranquilo, sin tanta violencia, aún no existe tanta violencia, pero empiezan a existir problemas de inseguridad”. “Los riesgos que corremos hasta ahorita han sido mínimos”. La relación entre el barrio y las instituciones de seguridad y delegacionales se encuentra atravesada, a su vez, por este sentido de tranquilidad que le asignan al barrio: “tenemos a las personas de la policía, al delegado que como no es de aquí pues no le importan los problemas”. A las autoridades oficiales las ven extrañas, ajenas, negligentes y, aún así, ellos a su vez la toleran, ya que tampoco afecta en mayor medida la apreciación general que tienen del barrio “[el barrio...] no está maleado a pesar del abuso de las autoridades”.

El tamaño para ellos es muy importante en función de la confianza que les da a conocer a sus

habitantes: “sí, los que somos residentes de aquí somos conocidos, todos conocemos a los que son de aquí y a los que no, pues nos damos cuenta luego que no son de aquí [...] o sea que somos barrios chiquitos pero nos conocemos mayoría”.

La tranquilidad-seguridad no problemas que forman parte esencial de la identificación con el barrio como uno de sus principales atributos, entra en contradicción con otro de los rasgos esenciales por los cuales se significa Xaltocan: la realización de sus fiestas religiosas. La confirmación de su identidad depositada en la reproducción de sus ritos significa también la disminución de la tranquilidad, aumento de problemas y una amenaza más a ver menguadas las tradiciones del barrio debido, entre otras cosas, a la gran cantidad de personas que asisten a las celebraciones religiosas, que no comparten el fervor religioso o el sentido que los habitantes del barrio le otorgan; y no sólo eso, sino que la realización de las fiestas erosiona las costumbres y la vida barrial porque traen ideas diferentes, costumbres ajenas a las del barrio: “Hasta hay problemas y pleitos en las celebraciones”. “No, no, no, la vida era más tranquila”. “Antes todos se conocían, ahora ha venido gente de fuera”.

Arraigo

“...estoy plantado como los árboles echando raíces...”

“Las raíces de nuestros padres es lo que nos une al barrio”

La familia y la tierra están íntima e históricamente relacionadas y forman el núcleo central del campo simbólico del arraigo junto con las celebraciones religiosas. La familia y la tierra les pro-

veen de alimento, seguridad, recursos económicos y servicios, mientras que las fiestas religiosas los vinculan con la comunidad y a su vez les permiten reforzar lazos comerciales y de servicios. La referencia a los ciclos de vida es constante y altamente valorada, están presentes como fuertes raíces de identidad con el barrio.

Para sus habitantes, el barrio contiene la sangre de sus antepasados, ha sido espacio donde generaciones han crecido, se han formado, han construido amistades. El vínculo principal se manifiesta en función de la familia, de poder ofrecer a los hijos un lugar seguro, agradable, formativo como un patrimonio que se desea heredar a las próximas generaciones. Las expresiones referentes a los ciclos de vida guardan los sentidos, uno descriptivo aquí nació, aquí me casé, me creí, fui a la escuela, aquí tuve a mis hijos, aquí murió mi abuelita y nosotros nos quedamos aquí, etcétera, y un sentido de significación altamente valorado: “Y pues es todo, es el lugar donde toda mi vida he vivido y donde me agradecería seguir viviendo”. “Hijole yo estoy orgullosa de mi comunidad porque aquí nació realmente yo viví aquí una niñez muy tranquila”. “Pues significa mucho porque mis padres son de aquí”.

Por generaciones, bisabuelos y abuelos fueron propietarios de tierras en chinampas que sembraban y trabajaban y en las que en muchos casos también vivían. Con el tiempo las fueron fraccionando para heredarlas a los hijos e hijas. El uso que se les dio a estas tierras fue cada vez, en mayor medida, habitacional: “Los antiguos, los abuelos, bisabuelos, todos tenían sus terrenos pagaban sus impuestos y ya cada quien jalaban con sus hijos y los repartían con sus hijos”.

El arraigo a la tierra no es sólo parte de su historia sino referencia inmediata para la gente mayor: “Yo de chico iba con mi abuelo a sembrar y cosechar [...] me embarcaba”. Y aun para los jóvenes: “Me siento arraigado [...] sí, yo creo, como si fuera planta o árbol... tengo mis raíces aquí como planta”.

Se dicen originarios de este barrio los nacidos en él y los que, viniendo de otros lugares, se han adaptado a sus costumbres. “Yo me siento completamente ya originaria de aquí, aunque sé que no soy verdá, pero ya me adapté muy bien a las costumbres de aquí”.

La adaptación es una de las actitudes que se relacionó con mayor frecuencia y juega un papel preponderante para la construcción del sentido de pertenencia. Esta actitud toma la forma de costumbre. La gente está acostumbrada o se acostumbra a la dinámica del barrio. Este acostumbrarse está sustentado en un proceso subjetivo de valoración del lugar, así como por sus características físicas y una autopercepción del grupo de habitantes, quienes se ubican dentro de una jerarquía socioeconómica que refiere de acuerdo con sus expectativas de vida “o sea para la forma de vida que llevamos estamos muy bien aquí”.

El arraigo en Xaltocan también tiene un significado de *barrio proveedor* no sólo por la importancia que le otorgan al hecho de contar con servicios colectivos y equipamiento urbano, como instalaciones educativas y recreativas, la deportiva, el mercado, la iglesia, comercios, comodidades que ofrece una ciudad, sino porque tanto quienes se dedican al sector de la producción de servicios —sobre todo de tipo turístico—, como profesionistas, comerciantes y con-

sumidores han encontrado en este espacio diversas formas de resolver o apoyar en la solución de necesidades cotidianas de trabajo e ingreso familiar.

Frases como: “Aquí consigo billetes para sobrevivir”, “Soy chinampero donde tengo aquí el trabajo”, “Aquí no te mueres de hambre, aunque sean verdolagas pero comes”, “Económicamente no llevamos apuraciones, aquí hay para comprar lo necesario”, resumen el sentido, este sentido de *barrio proveedor* como un elemento de progreso material: “Todos nuestros hijos han progresado un poquito, tanto de los vecinos como de los míos”.

Como en el caso de la categoría anterior, el hecho de contar con una vivienda en propiedad otorga un sentido de seguridad, tanto personal como patrimonial, que se refleja en una expresión de satisfacción en cuanto a necesidades materiales se refiere. Aun cuando los terrenos en donde viven les han sido heredados en su gran mayoría, han trabajado duro para construir su casa: “El terreno se lo regaló mi abuelita a mi papá y ellos trabajaron y así pudieron levantarla”. La vivienda propia es altamente valorada por la seguridad patrimonial, por el esfuerzo, tanto económico como de mano de obra, que significó o por haber sido heredada por los abuelos o bisabuelos.

La ubicación geográfica, así como sus características físicas, son también altamente apreciadas: “Es una zona paradisíaca, que está más abierta, menos contaminada y muy arbolada”. La gran mayoría de los habitantes de Xaltocan realizan prácticamente todas sus actividades entre el barrio y el centro de Xochimilco por lo que el

centro de la ciudad de México les parece muy distante contaminado, gris y poco necesario para satisfacer sus requerimientos cotidianos.

La herencia que han recibido los actuales habitantes de Xaltócan no fue sólo de tierras y casas sino además, y tan importante como lo otro, las tradiciones religiosas; la herencia, por tanto, incluye un particular concepto de la vida individual y colectiva, no sólo la espiritual sino también la comunitaria. Las tradiciones y costumbres del lugar conforman una fuente de arraigo muy importante, ya que éstas se mantienen vivas, permiten por tanto reconstruir el sentido de pertenencia e identidad: “Yo veo que son tradiciones muy arraigadas, de una generación a otra se van pasando, se van repitiendo”.

La conservación de las tradiciones funge como uno de los ejes centrales alrededor del cual se mantiene la vinculación, la alteridad, ya que es la manera a través de la que se propicia, desde el intercambio del saludo: “Por las tradiciones está uno acostumbrado a tratar con la gente, aunque sea de hola y adiós”, hasta la cooperación activa en la organización de los diferentes eventos que ellos incluyen en sus tradiciones, tan es así que refieren ellos mismos que al irse perdiendo la costumbre de las tradiciones se han perdido las ocasiones de compartir.

El lugar físico adquiere atributos de ser elemento de arraigo, para ellos un barrio tiene más arraigadas las costumbres, las trata de conservar más, sigue las tradiciones.

El barrio también es reconocido como el espacio en donde se han desarrollado los primeros aprendizajes, en donde los aspectos físicos que lo componen forman parte importante de la his-

toria personal y colectiva, los canales, las chinampas, las flores, los objetos del barrio, los espacios físicos, son referencia inmediata en términos de ubicación dentro del barrio: “Porque está muy cerca del canal”. “Lo conozco desde que era chiquito; desde que empezó a colonizarse aquí”.

Como espacio de socialización, es altamente valorado como un lugar de satisfacciones personales y sociales: “Pues hice mi niñez y hasta ahora mi madurez en la que estoy entrando”. “A mi edad de chamaco pus jugaba con ellos y ora que casi ya todo somos casados estamos aquí”. “Fui a la escuela, tengo mis amistades aquí, tenemos arraigo por los años que hemos vivido porque nos ha permitido formar a nuestros hijos”. “Toda mi vida, toda la he vivido acá, hay mucho arraigo en mí”.

Tradicición-modernidad

“Somos de costumbres ancestrales, aquí también nos hemos adaptado pero sigue teniendo el mismo concepto antiguo”

La inclusión en un proceso de cambio que algunos de sus habitantes llaman ‘progreso’ se pone en juego de acuerdo con los niveles de implicación que han desarrollado en su interacción con el barrio, entre otras cosas, debido al nivel de satisfacción que han encontrado ante sus necesidades, tanto afectivas como laborales y sociales; a sus expectativas de vida y a su posición social; esta ponderación que hacen acerca de los cambios y transformaciones del barrio tiene que ver también con la edad, la antigüedad en el barrio y una proclividad hacia lo nuevo o lo

antiguo, a los procesos de modernización o a la conservación de las tradiciones, todo esto sustentado en una trama de representaciones sociales construida desde las premisas socioculturales que le dan coherencia.

Las diferentes posiciones encontradas se pueden aglutinar en tres grupos de opinión en relación con los cambios del barrio.

Un primer grupo, integrado por aquellos que defienden una postura más bien conservadora hacia los cambios. Para este grupo tales cambios han provocado que el barrio deje de serlo, que haya perdido sus características debido a que ha crecido físicamente, ya que para ellos “un barrio debe ser pequeño”. Los cambios también han propiciado una menor frecuencia de las interacciones sociales lo que ha provocado una desintegración social: “Los que vivimos aquí no conocemos a los que viven en trajineras, [el barrio] se ha extendido y ha provocado mucha desintegración social”.

Otro elemento de gran importancia que desdibuja el sentido de barrio para este grupo es que ya se ha perdido la tranquilidad de saberse nativo, de conocerse mutuamente: “Antes todos se conocían, ahora ha venido gente de fuera”. Las tradiciones, asimismo, han perdido su fuerza: “Ya se perdió el verdadero sentido de la fiesta, ya no es algo tradicional, es más despachape, el vandalismo, todo ha cambiado; ahora vienen rockeros y pues ya no es el mismo espíritu en la fiesta”.

Un segundo grupo, donde su mayoría son jóvenes, menciona que se han *marginado* las costumbres y las tradiciones como una consecuencia natural ya que, entre otras cosas, ha

aumentado el número de profesionales. En este barrio originalmente agrícola, el avance de los cambios impacta en los modelos de vida, sobre todo en los jóvenes, quienes van adoptando otras formas de vestir, hablar y comportarse, cada vez en mayor medida acceden a estudios profesionales, lo que significa para muchos de ellos dejar de ver la tierra como fuente de trabajo: “Por la cultura que van adquiriendo se avergüenzan de sus tradiciones, de sus orígenes”. En esta argumentación subyace la fuerza del cambio en el uso del suelo, ya que al ser profesional se abandonan las tierras.

Un tercer grupo, el mayoritario, reconoce la historia de sus tradiciones, inclusive les otorga una muy alta valoración, aún más que los conservadores; sin embargo, acepta los cambios valorándolos también.

A Xaltócan lo ubican como un barrio que trata de mantener sus costumbres y tradiciones a pesar de que ha sido invadido y cambiado. Reconocen que es un lugar lleno de costumbres: “Somos de costumbres ancestrales, aquí también nos hemos adaptado, pero sigue teniendo el mismo concepto antiguo. Por ejemplo, la fiesta del Niñoopa o las posadas, joyas coloniales. Allá [en el centro de la Ciudad] tienen catedrales, monumentos, pero aquí está la raíz de todo lo de allá como las posadas, que llegaron de Xochimilco al centro”.

De igual forma, rescatan la convivencia al redefinir las redes vecinales en función de los cambios generacionales: “La gente es tradicionalista, cuida sus imágenes, los jóvenes se modernizan y dejan sus tradiciones”. O bien al hacer una diferencia entre los habitantes antiguos,

conocedores de las tradiciones y los nuevos vecinos: "La gente que sí sabe de la tradición pues sí coopera para la fiesta; porque la gente nativa sabemos como tratar a nuestro barrio".

Para este grupo, el crecimiento físico de barrio, los elementos físicos antiguos como sus canales, embarcaderos y la iglesia, se entrelazan en un mismo nivel de significación con elementos modernos como pueden ser la deportiva o el hospital; asimismo, se le reconoce el significado de ser una zona turística.

La convivencia para este grupo parte precisamente de sus orígenes tradicionales del barrio: "Bueno yo como llevo mucho tiempo de vivir aquí, conozco mucha gente de aquí cerca; uno está acostumbrado por las tradiciones a tratar con la gente; en un barrio pues la gente es más tradicional, con más cercanía entre los vecinos" e incluyen a los nuevos vecinos como parte de la comunidad, amplían el sentido tradicional de convivencia hacia los nuevos integrantes del barrio: "La verdad, como vecinos, como gente de la misma comunidad, si nos llevamos bien".

Se definen a sí mismos "con aspiraciones en su población conservando ciertas características de su pasado, con un porvenir brillante".

Conclusiones

La intensa y prolongada interacción entre el espacio social barrio y sus habitantes, propicia la construcción y reconstrucción de un conjunto de conocimientos, ideas, creencias y valoraciones de las cuales se participa, se hacen propias, se expresan y orientan comportamientos que

delinean los contenidos de su vida cotidiana en relación con el barrio.

En esta interacción, el barrio para sus habitantes es un objeto que se hace presente a partir de las percepciones y conocimientos; adquiere un carácter familiar, cercano, se habla de él, se le asignan atributos, al barrio y a quienes lo viven; sus habitantes creen ciertas cosas respecto al barrio, generan un lenguaje particular, establecen determinadas categorías sociales que ordenan los acontecimientos de su vida cotidiana, con lo que se generan procesos de identidad, ideológicos comportamentales y afectivos.

El espacio barrio y sus límites reales e imaginarios, permiten la reconstrucción de significados, de lugares donde la gente se siente cercana, con los que se identifica. Integra en su seno complejas formas de interacción social permeadas por lazos muy estrechos de relación e intereses comunes, en donde las contradicciones surgidas son más generalmente absorbidas o enfrentadas con una sobrevaloración del propio grupo de habitantes y de su barrio, se desarrollan formas muy particulares de apropiación de su entorno, de identidades barriales, de pertenencia y de organización.

Sus orígenes rurales han sido de muchísima importancia en el proceso de reconstrucción de la identidad barrial ya que "la ruralidad implica en la conformación de Xochimilco [y por tanto de Xaltocan] va más allá de los aspectos estructurales agrarios pues tiene consecuencias en la durabilidad de la tradición cultural. Ahí se mantiene viva una serie de ritos y ceremoniales en relación con visiones de mundo y construcciones simbólicas del pasado que se manifiestan

en un amplio conjunto de expresiones culturales" (Salles y Valenzuela, 1992:139).

En Xaltocan sus habitantes han participado en el proceso de cambio de diferentes maneras: a través de la venta de sus tierras, de la construcción de viviendas, o bien organizándose para demandar servicios de infraestructura, al determinar el tipo de equipamiento que solicitan, de acuerdo con sus requerimientos, lo cual indica un proceso de conocimiento de las necesidades colectivas que indica, a su vez, un intercambio de opiniones, apreciaciones y consideraciones en torno a su barrio. Los cambios en este sentido no les han sido tan ajenos, tan impuestos, tan desde fuera.

La valoración que se le asigna al lugar se encuentra imbricada en un sistema de creencias que rebasa los límites físicos de Xaltocan, para hundir sus raíces en formas de pensamiento social constituidas por rasgos culturales que definen nuestra sociedad, como son los lazos afectivos primarios con la familia, tanto nuclear como las redes de parentesco que funcionan como apoyo emocional, psicosocial, de responsabilidad, trabajo, herencia y patrimonio, con lo que se establece el vínculo entre el pasado, el presente y el futuro que refuerza en gran medida los vínculos con el barrio.

Las tradiciones, fincadas asimismo en el sentido religioso que ha caracterizado a nuestra sociedad desde la época prehispánica y que se renueva a través de los rituales y celebraciones, que van adquiriendo a su vez diferentes tintes de acuerdo con la época histórica en que se realizan, tienen la finalidad de conservar y actualizar la identidad y el sentido de pertenencia del grupo, ello

refuerza simbólicamente los lazos con la tierra y con los espacios físicos, pero también los lazos de comercio, servicio, control y poder.

Asimismo, el sentido que le asignan a la tranquilidad-seguridad refleja, por una parte, la importancia del trabajo individual y familiar como forma de salir adelante, de obtener beneficios materiales y morales. También la tranquilidad que para muchos otorga la seguridad de tener una vivienda en propiedad como patrimonio, heredado y heredable, prolonga en el tiempo el sentido de propiedad del barrio.

El sentido de seguridad que expresaron remite a las circunstancias de violencia e inseguridad que se viven actualmente, de este modo, los sujetos actualizan el discurso al relacionar este sentido de seguridad con los espacios del barrio, sus calles, sus rincones, sus eventos y sobre todo con las características que se atribuyen a la gente que habita el barrio, en una intensa interacción lugar-sujeto-grupo de habitantes, donde lo conocido es la confianza, tranquilidad, control sobre la situación.

En la construcción de las identidades relacionadas con el territorio, como parte de la construcción de la subjetividad colectiva, interviene el origen como base simbólica, pero se recrea o reconstruye en el tiempo; es un proceso en el cual "los actos de identidad, sus procesos históricos, son vividos y reflexionados subjetivamente" (Díaz, 1993:66).

La noción de identidad no está basada en la unidad y el consenso, sino en voluntades que se unen en determinado momento: "Más bien los procesos conformadores de identidad están hechos de las negociaciones, de las expectati-

vas, del planteamiento de ciertas interrogantes, de la evaluación crítica de los recursos culturales propios y ajenos, de la concepción de un futuro posible compartido" (Díaz, 1993:65).

"No son internamente homogéneas, y por lo tanto no existen actos de identidad e interpretaciones de estos actos plenamente compartidos, cabalmente congruentes" (Díaz, 1993:65). "Las identidades colectivas se han ido teniendo a partir de procesos sociales e históricos, de expresiones, relatos o narrativas que legitiman formas de vida y establecen referentes para la acción, de 'voluntad' en el tiempo de constituirse, continuarse, representarse y ser percibido como 'distinto' " (Díaz, 1993:69).

En los grupos sociales como los que habitan los barrios, la identidad grupal se reconstruye en la vida cotidiana, se alimenta en las interacciones diarias la imagen y los espacios físicos sirven para construirla por la relación simbólica que se construye entre los elementos físicos y los suetos. En este sentido, el espacio físico 'barrio' se vuelve para sus habitantes un espacio social ya que "el entorno construido, las ciudades, los barrios,² son cultura que se expresa en el espacio, en las formas físicas que 'lejos de ser un mero reflejo pasivo de la cultura o receptáculo del comportamiento juega un papel activo en la relación entre gente y medio ambiente' " (Safa, 1995:13).

La identificación que los habitantes tienen con el espacio en que viven cobra mayor importancia, pues se caracteriza y diferencia de otros espacios por la construcción sociocognitiva que colectivamente se produce y reproduce, repre-

senta identidades espaciales o espacios donde la identidad de sus habitantes puede desarrollarse. Sus habitantes se apropian del espacio, se conforman en un grupo que le da pertenencia, a través de procesos espontáneos, lo cargan de significados, construyen colectivamente un sistema cognitivo que posee una lógica propia y un lenguaje particular.

Los habitantes de Xaltócan reconstruyen de manera dinámica el significado de barrio a partir de su interacción en el ámbito de la vida cotidiana, aun cuando desaparezcan o se modifiquen los elementos físicos originales que dieron lugar a la construcción de esos valores y significados, en tanto permanezcan los elementos centrales del significado de barrio que el grupo de habitantes en su conjunto comparte, por lo que los procesos de identidad y pertenencia se construyen con elementos mayoritariamente simbólicos, culturales, de correspondencias entre territorio y estructura social.

El impacto de la transformación del barrio que altera el entorno urbano marca la necesidad de un proceso de reconstrucción del concepto de barrio, de su forma de vivirlo, donde se actualizan historias y tradiciones que son anclajes fundamentales en la reconstrucción de su identidad cultural.

Bibliografía

- Acevedo López y De la Cruz, Santos y Sergio Cordero Espinosa (1963), *Nuestra Señora de los Dolores de Xaltócan*, monografía, Impreso Vargas Rea, México.
- Bonfil Batalla, Guillermo (1994) *México Profundo, Una Civilización Negada*. Grijalbo, México.
- Carter David (1987), *Psicología de Lugar*, Concepto, México.

- Díaz Cruz, Rodrigo (1993). "Experiencias de la Identidad", en *Revista Internacional de Filosofía Política*, Madrid, España.
- Geertz, Clifford (2003), *La Interpretación de las Culturas*, Gedisa (col. Antropología), Barcelona.
- González Lobo, Carlos (1991) "Del Barrio nostálgico a la Ciudad de Masas y una Alternativa Barrial", ponencia presentada en el Seminario *La Ciudad y sus Barrios*, organizado por la división de CyAD, UAM-Azcapotzalco.
- Hall, Edward T. (1981), *La Dimensión Oculta*, editorial Siglo XXI, México.
- Hosbavm, Eric y Terence Ranger (1983), *The Invention of Tradition*, Cambridge, University Press, Cambridge.
- Jones, Edward E. y Gerard Harold B. (1990), *Fundamentos de Psicología Social*, LIMUSA, México.
- Lee, José Luis (comp.) (1994), *La Ciudad y sus Barrios*, UAM-Xochimilco, México.
- Lefebvre, Henry (1978), *De lo rural a lo urbano*, Ed. Península, 4ª edición, Barcelona.
- Lezama, José Luis (1993), *Teoría Social, espacio y ciudad*, El Colegio de México, México.
- Lynch, Kevin (1984), *La Imagen de la ciudad*, Gustavo Gili, México.
- Milgram, Stanley (1984), "Cities as 'Social Representations'", en Robert Farr y Serge Moscorici, *Social Representations*, Cambridge University Press, La Maison de Sciences de l'Homme, Londres.
- Morris, David (1978), *El Poder del Vecindario. El Nuevo Localismo*, Gustavo Gili, Barcelona.
- Rosaldo, Renato (1993), "La erosión de las Normas Clásicas", en *Cultura y Verdad*, Barcelona.
- Rowe, William y Schelling, Vivian (1993), *Memoria y Modernidad*, Grijalbo, México.
- Safa, Patricia (1995), "La Construcción de las Imágenes Urbanas: El Caso de Coyoacán", *Revista Ciudades* 27, julio-septiembre, Red Nacional de Investigación Urbana, México.
- Safa, Patricia (2005), "De la fragmentación urbana al estudio de la diversidad en las grandes ciudades" en Néstor García Canclini (coord.), *La Antropología Urbana en México*, CONACULTA-Universidad Autónoma Metropolitana-Fondo de Cultura Económica, México.
- Salles, Vania y José Manuel Valenzuela (1992), "Ámbitos de relaciones sociales de naturaleza íntima e identidades culturales (Notas so-

- bre Xochimilco)" en *Revista Mexicana de Sociología*, año LIV Núm. 3 julio-septiembre, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM.
- Touraine, Alan (1995), *Crítica de la Modernidad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Wagner, Wolfgang y Fran Elejabarrieta (1994), "Representaciones Sociales", en J. Francisco Morales (coord.), *Psicología Social*, Mc Graw-Hill, España.
- Wirth, L. (1962), *El Urbanismo como modo de vida*, Ediciones J. Buenos Aires.

Recibido: 31.v.2005.

Aceptado: 8.xi.2005.

2. El agregado es ríido.